

# La última isla pirata

MERCEDES NEUSCHÄFER-CARLÓN

Ilustraciones de Esther Gili





# La última isla pirata



Mercedes Neuschäfer-Carlón

# **La última isla pirata**

Ilustraciones: Esther Gili

**edebé**

© Mercedes Neuschäfer-Carlón, 2018

© Ilustraciones: Esther Gili, 2018

© Ed. Cast.: Edebé, 2018

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

*Directora de Publicaciones:* Reina Duarte

*Editora de Literatura Infantil:* Elena Valencia

*Diseño de colección:* Book & Look

Primera edición, septiembre 2018

ISBN: 978-84-683-3800-2

Depósito legal: B. 11983-2018

Impreso en España

Printed in Spain

EGS – Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Para los niños a los que les gustan  
mucho las historias de piratas.  
Y también para aquellos a los que no les  
gusta demasiado aprender a leer y a escribir.*



# Índice

1. Kambo .....	9
2. ¡Polizón a bordo! .....	19
3. Sulima .....	31
4. No hay mejor salsa que el hambre .....	45
5. Lecturas y aventuras .....	53
6. La cabaña .....	67
7. Una pareja elegante .....	73
8. Cumpleaños en la isla .....	79
9. Negros nubarrones (el gobernador amenaza) .....	87
10. Final .....	95





# 1 Kambo

**K**ambo se dirigía, alegre, a la playa. Solo.  
Como todos los días.

Nadaba luego hasta una gran roca ya entrada en el mar y allí capturaba almejas, mejillones, percebes, cangrejos...

Volvía con ellos a la isla y se los entregaba a Bocuso, el cocinero de los piratas.

Con él estaba también Mister, el papagayo, que, en cuanto Kambo llegaba, se colocaba sobre su hombro y juntos se dirigían hacia un gran árbol poblado de monos.



---

Kambo se columpiaba con ellos en las ramas y saltaba, como ellos también, de un árbol a otro.

Luego, cuando comenzaba a apretar el calor, buscaba la sombra de un espeso árbol y allí sentado charlaba con su papagayo contándole las historias y los cuentos que Ruipansa, un viejo pirata, le leía por las noches antes de dormirse.

Mister parecía escucharle con atención y le sorprendía a veces diciendo palabras de los cuentos como «princesa», «enano» o «¡bruja, bruja, bruja!», palabra que le había gustado especialmente y repetía con su voz chillona.

El chico reía entonces y le acariciaba suavemente.

---

Kambo tenía ocho años y vivía en Maibí, una preciosa isla en el mar Caribe, bañada por un mar azul y transparente. Su playa tenía la arena tan fina y tan blanca, que casi parecía azúcar.

Sin embargo, nadie debía acercarse a Maibí, porque Maibí era una isla ocupada por piratas. Aunque todos ellos, por fieros que fueran, querían a Kambo.

Cuando era chiquitín, Corso, uno de los más brutos, le cantaba canciones de cuna para que se durmiese y más tarde era el viejo Ruipansa quien, arrastrando su pata de palo, llegaba a su cama para contarle emocionantes y también, a veces, tiernas historias. Y aunque Kambo no tenía ningún amigo de su edad, como nunca lo había tenido, no lo echaba en falta.

---

Pero lo que Kambo quería, con lo que Kambo soñaba, era con poder salir un día con los piratas a alta mar.

Pensaba que tenía que ser emocionante navegar lejos, muy lejos de la costa; abordar un barco; luchar; vencer; hacer prisionera a la tripulación y robar el botín. ¡Todas las riquezas del barco serían para los piratas!

—¿Por qué no puedo salir nunca con vosotros? —les preguntaba.

—Eres muy pequeño todavía. Ya vendrás un día, cuando seas mayor.

—Y ¿cuándo voy a ser mayor? —seguía preguntando Kambo, impaciente...

—Come mucho y ya verás cómo creces y te haces grandote.

Y Kambo comía mucho y bien, pero lo

---

de hacerse mayor tardaba. Tardaba demasiado.

Aquella mañana Kambo había vuelto pronto de sus correrías.

El cocinero de los piratas revolvía una gran cazuela.

—¿Para cuándo va a estar la comida, Bocuso? —preguntaba Kambo.

—Todavía tardará un poco. Tómate algo si tienes mucha hambre.

—No la tengo.

—Entonces date una vueltecita hasta la playa. Construye algo bonito en la arena.

Pero, a poco de caminar, Kambo divisó en la lejanía la silueta de un barco. Tenía que ser el velero de los piratas. Ningún otro

---

navío se atrevería a acercarse a la isla de Maibí, porque todo el mundo sabía que en lo alto de una pequeña colina había una batería de potentes cañones preparados para destrozar cualquier otro barco que intentase aproximarse.

—¡Ahí vienen, Bocuso, ahí vienen! —volvió gritando Kambo.

—¡Imposible! No se les espera hasta dentro de dos o tres días.

Sin embargo, Kambo divisaba claramente su silueta y pronto veía ya un hermoso navío en cuyo mástil más alto ondeaba al viento la bandera pirata.

El velero había quedado anclado al lado de la playa. Los piratas comenzaban la descarga:

---

Arcones llenos de elegantes trajes y vestidos, que, entre risas, iban extendiendo sobre la blanca arena de la playa.

Cofres con joyas y ducados de oro, que, bajo los rayos del sol, deslumbraban con su brillo.

Cajones de madera: unos con vinos y licores, ron sobre todo; otros, con cosas buenas para comer.

Los piratas cantaban y bailaban alrededor de todo aquello. Kambo también; pero, después de un rato, preguntó:

—Y para mí, ¿qué?

—Pues sí, para ti hay también algo, pues claro que sí —le contestó, sonriente, Pietro, un joven pirata.

Y es que casi siempre traían algo para el niño. Aquel día Pietro le enseñó un libro de



---

cuentos con preciosas ilustraciones; una carroza de juguete tirada por cuatro cabalitos. Y además, algunas golosinas.

Mientras Kambo contemplaba sus regalos, oía comentar a los piratas:

—Esta vez el abordaje resultó pan comido. Enseguida se dispusieron a entregárnoslo todo sin rechistar. Temblaban como gallinas, los muy cobardicas —comentaban burlándose—. No tuvimos problema.

—Mejor, mucho mejor para ellos —reía el feroz Corso, empuñando su terrible machete.

Después de un rato, Kambo se fue a hacer una nueva visita a los monos y trepó luego a una palmera para recoger un par de dátiles.

---

Aquella tarde no salió con la lancha a pescar como solía hacer, se arrojó solamente al mar y se dejó mecer por las suaves olas, contemplando los peces que nadaban a su alrededor.

Por la noche, ya en la cama, llamó:

—¡Ruipansa, ven, que ya estoy acostado! Tienes que leerme del libro nuevo que me trajeron.

Y el viejo pirata llegaba con su pata de palo, a leerle un buen rato como todas las noches hacía.

